

Curso: Historia y Teología de la Espiritualidad

Prof.: Martín Königstein H., ss.cc.

Marzo-Agosto 2005

## **NUEVA CULTURA. MÍSTICA Y ASCESIS.**

Benjamín González Buelta, S.J., en: Experiencia de Dios. Condiciones y medios. Cuadernos de Espiritualidad, N° 129, septiembre — octubre, 2001; Publicación del Centro de Espiritualidad Ignaciana — CEI, Santiago de Chile, pp. 38 — 58.

### **1. “Fuga del mundo” y originalidad en medio del mundo**

En las épocas estremecidas por grandes cambios en la sociedad y en la Iglesia, han surgido personas que se han dejado conducir por el Espíritu al desierto, a los márgenes, a las fronteras de lo conocido, para fugarse de alguna manera de un orden asfixiante. En América Latina la vida religiosa emigró hacia los barrios marginados y los campos empobrecidos a partir de la década de los 70.

En ese viaje hacia lo que “no es”, “no figura”, “no importa”..., Se iban desprendiendo por el camino alianzas, esquemas y seguridades envejecidas que encarcelaban en vez de defender. Ambigüedades profundas instaladas en la conciencia comunitaria y en las profundidades de la persona se iban purificando. La Congregación General (CG) 34 recobró esta imagen de Ignacio, el “peregrino” que iba buscando a pie y cojeando por los caminos de Europa el futuro que Dios le ofrecía.

Pero este camino no sólo conducía al margen sino al futuro. No se trataba sólo de “fugarse” del orden presente, sino de distanciarse para estrenar la novedad de Dios en medio de este mundo. El margen era la tierra privilegiada para que naciese lo nuevo por obra del Espíritu, precisamente allí donde acababa lo sensato y lo seguro. Allí aparecía el brote germinal de lo nunca visto que en su pequeñez de levadura profética era un desafío para todos, al encarnar en las orillas descalificadas una manera nueva de vivir. Lo nunca visto aparecía como un reto al inmovilismo petrificado y al vértigo de los cambios acelerados y confusos. El origen de esta novedad llegaba al descubrir rasgos nunca antes vistos en la persona de Jesús, al mirarlo ahora desde una situación inédita.

Hoy vivimos una situación de cambios profundos y vertiginosos que afectan a todos los pueblos. En este mundo convertido en “aldea global” por la rapidez de los viajes, la fulgurante velocidad de las comunicaciones, de las noticias, de las transferencias comerciales, de las nuevas tecnologías..., la cultura hegemónica de la modernidad y la reacción unilateral contra sus excesos que algunos llaman postmodernidad, alcanza con diferente intensidad a todos los pueblos.

La vida religiosa en gran medida tiene que ser contracultural. Tiene que escaparse primero de la invasión de imágenes, discursos, aromas, texturas y ritmos que pretenden asaltarnos las veinticuatro horas del día, infiltrándose dentro de nosotros por las puertas de nuestros sentidos para adueñarse de nuestra persona. Al mismo tiempo tiene que encarnar en medio

de esta misma cultura, en personas, instituciones y comunidades, la alegre novedad de la vida evangélica.

¿Cómo encontrar los rasgos de esta novedad evangélica, de este don del Espíritu, y cómo formar para ella? Todos, formadores y formandos, estamos influidos por esta atmósfera cultural, todos tenemos planteado en nuestro cuerpo y en nuestros sueños, este reto a nuestra creatividad.

El desafío que se nos presenta es el de ser muy fieles a la realidad para poder descubrir la novedad de Dios en una experiencia “mística” que nos haga tocar lo más profundo de lo real, y como consecuencia denunciar lo que obstruye y mata este don nuevo de Dios. También a través de los “chips”, “bytes” y satélites de nuestro universo electrónico se infiltra el Espíritu. Una nueva ascesis es necesaria para integrarnos como personas en la acogida de esa novedad contra todas las fuerzas que nos dispersan y nos rompen por dentro. No basta con repetir mecánicamente la ascesis tradicional que se apoyaba en una antropología espiritual superada.

## **2. Discernir y encarnar la novedad de Dios**

En esta coyuntura, la que existe, en la única en que Dios busca hacerse visible a través de nosotros, tenemos que discernir con la mayor claridad posible qué es lo que denunciamos de esta sociedad. Esto supone un gran esfuerzo de clarificación de fenómenos que a veces se dan de manera muy confusa, no sólo dentro de nosotros sino también fuera por la complejidad de los cambios que vivimos.

Pero lo fundamental es lo que anunciamos, el valor evangélico nuevo encarnado en medio de este mundo, que puede darle carne y hueso a las aspiraciones de muchos corazones de buena voluntad que se dejan mover por el Espíritu que alienta en medio de las desazones y búsquedas.

Hay anuncios evangélicos luminosos y casi universalmente aceptados, como recoger los ancianos moribundos de las calles. Hay en ese gesto una clara denuncia social. Pero hay otros anuncios que pueden ser silenciados, combatidos o menospreciados, porque tocan de manera explícita y directa los puntos neurálgicos de este sistema, las instituciones y estructuras, como puede ser una comunidad de religiosos encarnada en un barrio marginado que utiliza su ciencia y su trabajo para exigir y crear de manera lúcida la justicia del evangelio.

Con la misma claridad con la que se denuncia y se anuncia, es fundamental trazar con nitidez aquello a lo que renunciamos. Al no estar tan delimitados fuera y dentro de cada uno de nosotros los fenómenos culturales, podemos vivir en una ambigüedad en la que no somos capaces de decir “no” con toda claridad a lo que es incompatible con nuestra vida, a lo que va deteriorando nuestra consistencia desde dentro con el silencio oscuro de la carcoma. Por los votos renunciamos a cosas buenas, pero hay que saber decirles “adiós” con toda claridad. La novedad absoluta de la resurrección de Jesús, nos llegó después de la renuncia máxima, la de su propia vida, la más plena que pueda existir jamás.

## **3. Un joven fragmentado**

Pienso en un tipo de joven concreto, con nombre y apellido, que puede iluminarnos sobre los jóvenes que hoy llegan hasta nosotros. Creció en un sector popular donde aprende a leer la realidad en una clave mágica y religiosa. Los diferentes espíritus protectores o malignos se esconden en las sombras de lo desconocido. Las vidas de los santos, con sus leyendas populares, atravesando paredes y predicando a los peces, son leídas sin la más mínima

concesión a los géneros literarios. De la misma manera literal se lee la Biblia. Este joven crece en una cultura premoderna.

Este mismo joven trabaja por las mañanas en una farmacia y conoce bien las medicinas y cómo curan mejor que los brujos en los que creen sus vecinos. Y en la escuela estudia los prodigiosos inventos de la ciencia en el último siglo. Aquí se mueve en la cultura de la modernidad científica y técnica.

Dotado de un gran talento para la comunicación, anima un programa radiofónico semanal de evangelización. Conoce las canciones de las últimas estrellas, con sus letras y ritmos de vanguardia, en las que se expresan las rebeldías postmodernas contra una cultura de la modernidad en la que se sienten presas, y buscan de tumbo en tumbo, en una gran confusión de valores, una manera de vivir más libre.

La mayoría de nuestros jóvenes candidatos se acercan a la vida religiosa marcados, con intensidades diferentes, por esta atmósfera cultural difusa y fragmentada.

Dentro de esta persona invadida culturalmente se mueven diferentes lógicas que impulsan a obrar de manera incoherente y desarticulada. A nivel racional se vive una indefinición de los procesos que los recorren por dentro, y a nivel afectivo la persona se siente insegura a la hora de tomar decisiones importantes.

La cultura de la modernidad y la reacción postmoderna llegan hasta nuestras culturas tradicionales, y se extienden dentro de las personas como estratos superpuestos unos sobre los otros, sin integrarse mutuamente, sin explicarse, de tal manera que cuando la persona se ve sometida a presiones muy fuertes, los estratos se deslizan unos sobre los otros y la persona se rompe.

El punto vulnerable de nuestros jóvenes es la afectividad. Así como en otras épocas se dejaba la vida religiosa por razones ideológicas, hoy es fundamentalmente por la fragilidad afectiva. Heridas de infancia, cambios de espiritualidad e influencias culturales se unen para crear personalidades que en algunos casos se vienen abajo en los momentos claves.

Sería falso pensar que sólo son los jóvenes los afectados. También los religiosos adultos nos vemos sigilosamente invadidos por estos procesos culturales que llegan a nuestros sentidos permanentemente, de manera brillante o con la clandestinidad de lo desapercibido, de lo que ya forma parte de nuestra cotidianidad seducida. “Vivimos en un mundo roto” (CG 34, 6.14), y esa ruptura pasa también por el centro de nuestra persona.

#### **4. Una nueva situación**

##### **4.1. Sensaciones seducidas**

En la espiritualidad tradicional siempre se ha hablado de la necesidad de cuidar las “puertas de los sentidos” (Const. 250). A través de los sentidos nos comunicamos con el mundo exterior. Por aquí entran dentro de nosotros las sensaciones que nos pueden ayudar a crecer o que nos pueden desintegrar.

Cuando Dios se comunicó con nosotros en Jesús, se hizo una presencia alcanzable por los sentidos. “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos... se lo comunicamos...” (1 Jn 1,1-2) No se podía dar mayor cercanía que esta comunicación de Dios tan accesible a través de nuestros sentidos. Fue una presencia expuesta, ofrecida, vulnerable, dialogante, sin trampas..., que respondía a nuestra necesidad más honda, pues para ese encuentro estamos hechos desde el primer día de nuestra existencia.

La tecnología actual nos ofrece unas posibilidades insospechadas para instruirnos, expresarnos y comunicarnos entre nosotros a través de imágenes y sonidos de una calidad extraordinaria que amplifican el impacto normal de las sensaciones que captan nuestros sentidos. Hasta nuestros hogares nos llega la contemplación de la célula invisible o la primera pisada del hombre sobre la luna. Nosotros no somos sólo “razón instrumental” sino también cuerpo y sensaciones que a través del lenguaje del color, de los aromas, de las caricias, del arte, de la fantasía, pueden despertar en nosotros las dimensiones más hondas y trascendentes del ser humano.

Pero nuestra cultura también ha descubierto el poder de los medios para seducir. Vivimos en una cultura profundamente seductora. Podemos ser sometidos hoy no sólo por el miedo al castigo o por la fuerza de las armas, sino por un ejército de imágenes, por la necesidad de satisfacer nuestro propio deseo, porque la publicidad ha sabido infiltrarse dentro de nosotros creando necesidades artificiales o distorsionando las necesidades reales.

Somos asaltados por imágenes y sonidos que se infiltran por los sentidos con una brillantez afilada que impacta directamente nuestra afectividad y alimenta universos simbólicos sin que puedan ser procesados por nuestra razón. Así nacen necesidades que vivimos como viscerales porque arrancan de nuestro mundo emocional y de nuestro cuerpo, pero que en realidad son necesidades ajenas, no auténticamente nuestras.

Por este camino nos podemos transformar en consumidores, más o menos adictos, de comida, de espectáculos, de sexo, de perfumes, de informaciones... Para los dueños es rentable que seamos fanáticos de sus espectáculos, consumidores de sus productos, admiradores de sus estrellas, y seguidores de sus organizaciones. Una persona haciendo “zapping” frente al televisor, buscando sensaciones fuertes e inconexas, puede ser un ejemplo de esta adicción.

En el vacío del ayuno de imágenes seductoras podemos liberar la mirada para contemplar la realidad de otra manera más libre. Podremos descubrir mejor lo que hay de destructor y lo que existe de novedad positiva y salvadora, de don de Dios para todos. Contemplar no es idealizar, sino tener una sensibilidad que pueda acoger la novedad de Dios hoy en medio de nosotros. Y esto requiere el trabajo de purificarnos de lo impuesto y, al mismo tiempo, una educación contemplativa en la manera de percibir lo nuevo a partir de la contemplación de los misterios de Jesús. Este es el desafío, crear una nueva sensibilidad contemplativa en medio de este mundo nuevo. Es un fruto que nace de la contemplación del Jesús de la historia y de una manera de mirar lo cotidiano que se aprende en la “contemplación para alcanzar amor” como punto culminante de los Ejercicios.

#### **4.2. Entrañas impacientes**

Una de las características de nuestra cultura es la aceleración de la vida. El fax, el teléfono, el correo electrónico nos comunican al instante con todo el universo, pero exigen de nosotros respuestas urgentes. La información es casi instantánea y nace en la carrera de las agencias para llegar primera y conseguir la primicia. Cada vez es menor el tiempo entre la invención de un nuevo producto y su comercialización en el mercado. En fracciones de segundo se pueden ganar o perder millones de dólares en una transacción financiera que sigue el movimiento de la bolsa de valores. Basta con hacer “click” en un botón para obtener al instante dinero, comida, información... Este estilo de vida va creando en nosotros unas entrañas impacientes.

Esta rapidez es una gran ventaja para informarnos, comunicarnos y resolver multitud de problemas. No podemos menospreciar la posibilidad de organizarnos y responder ágilmente a las situaciones en el momento oportuno.

Pero como consecuencia la vida se ha acelerado, y podemos ir respondiendo a las urgencias sin que necesariamente estemos respondiendo a lo más necesario, ni sintonizando con el tiempo de Dios.

La urgencia nos puede hacer tensos y duros como la piedra (EE. 335).

El ritmo de la contemplación es distinto. No sólo necesitamos sacar el tiempo necesario para orar, preservándolo de otros acontecimientos más impactantes que quieran desplazarlo, sino que necesitamos entrar en otro ritmo interior, en otro tiempo. Los procesos contemplativos nos alcanzan y llegan a las dimensiones más hondas de nuestra persona no con la rapidez instantánea de la intuición, sino con la lentitud y la paz del agua que impregna la esponja (EE. 335). Por otro lado la espera nos va despojando de toda codicia para poder recibir con las manos distendidas el don de Dios cuando a él le parezca oportuno. A veces cuando decimos “no tengo tiempo” para orar, para el descanso, para el compartir comunitario..., tal vez estamos presos del ritmo codicioso de la modernidad, o del ritmo de la desidia postmoderna a la que le gusta fluir en un tiempo sin la exigencia de horas exactas.

Si esto sucede en el encuentro con Dios, lo mismo sucede en el encuentro con las demás personas. Los problemas humanos deben ser escuchados con calma y con una atención despojada de prisas, y nuestras urgencias no se pueden trasladar al ritmo del crecimiento humano.

Tampoco somos los dueños del ritmo del reino de Dios, para quien “mil años son como un día”. Muros que parecían inamovibles se derrumban casi de repente. Poderes opresores se instalan con una calma desesperante.

La ascesis nos ayuda a distribuir los tiempos de oración, y a ser fieles a ellos cuando es difícil orar (EE. 12 Y 13). También nos enseña a movernos en los ritmos nuestros de tal manera que podamos entrar en los tiempos y los ritmos de Dios y su reino. Este aprendizaje supone un trabajo permanente para no ser arrastrados por una cultura que se acelera o se estanca según sus propios intereses.

### **4.3. Existir sin fronteras**

Hoy todo está más cerca. Los medios de comunicación, el turismo, los viajes, nos permiten sobrevolar fronteras y hacernos presentes con rapidez en naciones diferentes, en culturas muy lejanas a las nuestras y en regiones que antes conocíamos de manera muy limitada. Parece que las caricaturas se van transformando en rostros humanos, y muchos de estos nombres que sonaban como antagonicos, ahora se vuelven accesibles y dichosos.

Sin embargo hay fronteras que se endurecen. El Norte se defiende de las oleadas de emigrantes que trepan incontenibles desde el Sur. Muchos mueren en el mar, en los desiertos..., pero eso no detiene al resto. La llamada publicitaria del Norte se exhibe con tanta fuerza ante los hambrientos del Sur, y por otro lado es tan duro el peso de la miseria, que muchos piensan que vale la pena arriesgar la vida en el intento. Huyen del hambre, de las persecuciones políticas, de las limpiezas étnicas, de las guerras religiosas...

En esta apertura universal, nuestra sociedad está marcada por un relativismo religioso y ético muy grande ante la acumulación de creencias religiosas y de prácticas morales diferentes, La propia identidad cristiana y religiosa puede verse atravesada por etapas de confusión en

medio de la multiplicidad de ofertas para escoger un modo de actuar que muy a menudo se realiza con el único criterio de “sentirse bien”. Una persona hoy puede transformarse en un “turista religioso” que se pasea por la superficie de las religiones sin hondura ni compromiso. Es necesario el acercamiento respetuoso y profundo que supere la impresión fácil de que todo vale porque todo es lo mismo.

A todos se nos ofrece como expresión del Espíritu esta solidaridad nueva de grupos que se consideran de todos. Los “médicos, ingenieros..., sin fronteras” son un ejemplo. Necesitamos salir hacia una comprensión nueva de las necesidades y de las posibilidades de otros pueblos. Religiones a las que antes nos acercábamos con suficiencia, ahora pueden ayudarnos a entender mejor nuestra propia herencia cristiana que se nos ha revelado en Jesús. El diálogo interreligioso, como todo diálogo verdadero, supone una disponibilidad hacia el futuro de Dios entre nosotros.

Esta etapa nos ofrece posibilidades nuevas para vivir nuestra vocación universal. No entramos sólo para una Provincia sino para toda la Compañía. En la entraña de nuestra vocación está la contemplación del mundo en tanta diversidad de gentes, de razas y de trajes, unos en paz y otros en guerra, con diferencias que no se complementan sino que se agreden y se matan (EE. 102 — 109). Nuestra mirada es la de la Trinidad que salva, no la del que busca hacer un negocio o divertirse evadiéndose hacia mundos exóticos. Y hay que mantener de manera permanente esta contemplación y esta solidaridad que se nos revela siempre en el Hijo “nuevamente encarnado” (EE. 109) en toda cultura y situación, para salir “del propio amor, querer e interés” (EE. 189) hacia un modo de relacionarnos y de trabajar que supere la estrechez de nuestras fronteras.

#### **4.4. El horizonte y los fragmentos**

Desengañados de las grandes utopías sociales que prometían un mundo justo para todos, los jóvenes se sienten más cómodos en los pequeños relatos, en las historias cerradas sobre sí mismas, sin conexión de unas con las otras, barajándose entre sí según las vaivenes de las circunstancias, sin referencia a las estructuras sociales y a los dinamismos más complejos que atraviesan la sociedad entera. No parece existir para ellos un horizonte que unifique los deseos y dinamice los proyectos con su fascinación.

Esta visión prioriza el instante, lo inmediato. Si antes podíamos arrollar las personas por la prisa de alcanzar el horizonte, ahora podemos estancarnos en el pequeño oasis de lo puntual. No hay una percepción de un plan de Dios que recorre la historia y afecta a toda la realidad, a toda persona y a toda la persona, con momentos de eficacia y con momentos de fracaso constatable. Esta perspectiva no favorece los compromisos de toda la vida, sino de “trechos cortos”, que duran mientras se “sienten bien” en los diferentes episodios.

En el evangelio Jesús nos hace ver lo pequeño, no como algo que se cierra sobre sí mismo, sino como algo germinal, como un grano de mostaza que apunta a la cosecha que de alguna manera ya lleva dentro. Y cada curación, como la del hombre del brazo paralizado en la sinagoga de Cafarnaún (Mc 3,16), se sitúa dentro de una estructura religiosa más amplia, que apresa la vida, y de la que Jesús también viene a liberarnos. El desafío consiste en situar cada relato dentro del proyecto del Señor que integra todos los fragmentos.

La ascesis de un “ministerio ilustrado”, de un estudio exigente para comprender los fenómenos sociales, la vida austera, desinstalada, “predicando en pobreza”, la solidaridad con los más pobres en este momento de complejidad e incertidumbre, la apuesta nuestra por lo pequeño que se estrena cada día como novedad del reino, hace más creíble nuestro anuncio evangélico, nuestra fe en que nuestra historia va gestando una vida definitiva que

llegará a su plenitud. Cada pequeño dibujo es parte insustituible de este gran tejido universal. Dios nos es fiel, y en esa fidelidad de Dios se apoya la nuestra, sin dejarnos derrumbar por los momentos en los que el mal parece omnipotente.

#### **4.5. Atmósfera erotizada**

La manera de vivir la sexualidad humana ha cambiado dramáticamente durante las últimas décadas. Nuestra cultura ha creado una atmósfera muy erotizada. En la televisión, en internet, en las calles de las ciudades, en las revistas y periódicos, en las vallas publicitarias..., aparecen de diferentes maneras imágenes eróticas, como carnada en el anzuelo de la publicidad, y como una mercancía valiosa en sí misma porque tiene un buen mercado. Muchas canciones modernas nos asaltan en transportes y salas de espera con un contenido erótico fuerte y explícito, sin necesidad de recurrir a la habilidad del doble sentido de otros tiempos, ni a las sutilezas de la picaresca.

Con la erotización de la cultura, se ha extendido la práctica de una sexualidad sin trascendencia y sin compromiso. Para tener relaciones íntimas hoy se exige en muchas ocasiones que “sea sin compromiso”, así como antes se exigía o se fingía un amor comprometido. Ningún signo de pertenencia libra hoy a los jóvenes religiosos de ser abordados directamente para entrar en este estilo de relación que es vista como lo más natural.

El hedonismo favorece este tipo de relaciones epidérmicas, y un cultivo exagerado de la apariencia. Narciso y sus exigentes espejos que miden tonalidades, gramos y centímetros, censuran implacables y someten las personas a la penitencia de dietas rigurosas y ejercicios duros.

Esta cultura tiene de positivo que ha dejado de ver el cuerpo como un tabú que hay que ocultar, como algo maligno que hay que castigar porque oprime al espíritu. El cuerpo ha recuperado su dignidad pues está todo él informado por el espíritu. Es necesario amar al cuerpo como Dios creador lo ama y lo crea permanentemente, y cuidarlo para el amor y el trabajo. También la sexualidad humana ha recuperado su valor y su expresión en el amor de pareja y como dimensión presente en toda relación humana. La belleza, la salud, la sexualidad, son un don de Dios.

El celibato religioso es posible cuando está fundamentado en un amor apasionado por Dios y su reino. Nuestra “indiferencia” (EE. 23) ante la voluntad de Dios, tiene que convertirse en una “preferencia apasionada” por Dios y su Reino cuando descubrimos lo que el Señor nos propone. Se vive con el apoyo de la comunidad, dentro de una actitud apostólica creadora, y puede ser un signo de trascendencia y compromiso tanto para las parejas estables, como para tantas soledades atrapadas en sus fracasos afectivos de pareja.

El desafío es aprender a mirar y a relacionarse con hombres y mujeres de otra manera, no según la perspectiva impuesta desde fuera por esta cultura erotizada. La información y la formación son insustituibles en las diferentes etapas de la vida, con sus peligros y sus posibilidades para vivir el celibato de manera creadora. Es indispensable dialogar con gran claridad sobre lo que a nivel afectivo-sexual está implicado en cada relación que vamos viviendo, y tener bien claro dónde hemos puesto las fronteras de las renunciaciones inevitables.

#### **4.6 El individualismo confortable**

Se considera una conquista el derecho de vivir con autonomía y decidir su vida por sí mismo. Frente a la masificación y la utilización de las personas para producir como piezas de una maquinaria impersonal, ser tratado como persona única es un logro.

Pero ese reclamo no debe convertirnos en individualistas. El individualismo mira de reojo a los que están al lado y pueden ser los rivales en el reconocimiento público, en la consecución de un trabajo, en la escala que sube y se va estrechando cada vez más a medida que se acerca a los puestos más prestigiosos y mejor remunerados. Los necesitados pueden ser una amenaza para mi tranquilidad, mi tiempo y mi cuenta bancaria.

La sociedad actual favorece muchas soledades acompañadas por los últimos objetos de consumo, y bien custodiadas por cercas y dispositivos electrónicos, que no sólo las defienden de los enemigos sino que también las van alejando de los vecinos. Han conseguido una existencia confortable, climatizada, pero disminuida, mientras que la renuncia a las cosas llena de Dios y de sentido.

El que se va encerrando dentro de sí mismo, se convierte fácilmente en un observador lejano de la realidad que no se mueve en su entorno inmediato. A través de los medios de comunicación tiene acceso al espectáculo de las guerras, de la pobreza, de la política. Se puede convertir en un espectador sin compromiso real. Puede ser que su preocupación principal esté girando alrededor de sí mismo, de tantas terapias que hoy se ofrecen para sentirse bien, incluidas formas de oración que no se dejan confrontar con el Dios que se nos revela en Jesús de Nazaret, ni con la comunidad nacida de su vida, ni de la historia donde crece su reinado. Podemos perdernos en un viaje narcisista sin fin por el propio misterio, alejándonos de un encuentro pleno con los demás y con el Dios de Jesús. El aislamiento es una soledad malsana. La verdadera soledad se llena de comunión y nos hace comunión, porque nos conecta con el mismo Espíritu de Dios que alienta la vida en toda persona y en cada criatura del universo.

La atención personalizada es un derecho. No debemos tratar a nadie como un número más, y nosotros mismos no podemos diluir nuestra propia identidad entre la gente. Como seres únicos e insustituibles en el proyecto de Dios, es necesario que nos atrevamos a ser nosotros mismos. Dios mismo alienta nuestra propia originalidad desde el primer momento de nuestra existencia. Pero somos relación, y sólo podemos ser “yo” en la medida en que nos relacionamos con un “tú”, con un “nosotros”. Somos una originalidad orquestada en un himno común, una peculiaridad dentro de un cuerpo que se va construyendo en la historia.

También aquí es verdad lo que dice el evangelio, que el grano que se preserva queda infecundo, pero el que se arriesga en el surco dará mucho fruto (Jn 12, 24). Nos hacemos plenamente persona cuando formamos parte de una comunidad, cuando nuestros proyectos entran dentro del proyecto apostólico de la obra en la que trabajamos y de la Provincia a la que pertenecemos. Los estudios especiales deben conjugar los propios carismas con las necesidades reales del cuerpo apostólico, sin perseguir un ideal individualista de excelencia. No buscamos sólo ser una “comunidad de apóstoles”, sino una “comunidad apostólica”.

#### **4.7 Producir e innovar**

La modernidad cultiva la “razón industrial” para producir los bienes que necesitamos para construir un mundo más humano. Pero no siempre se ha conseguido este objetivo. Hoy vivimos en un mundo más amenazado por la energía atómica, por la violencia y la inseguridad. La miseria apresa un mayor número de personas. Se destruye en gran medida la tierra como casa común, por la contaminación y el saqueo de productos no renovables sin pensar en las generaciones futuras.

Las cosas que podemos fabricar hoy son sorprendentes. Son prodigiosos los avances de la medicina. Cirugías que antes eran impensables hoy se realizan con una rapidez y facilidad



asombrosas. La ingeniería genética se asoma a unas posibilidades en la prevención de la salud y la curación de enfermedades que desbordan nuestra imaginación.

Pero al mismo tiempo el deseo de hacer una vida más sana no es el único criterio que mueve la investigación y la producción. Las industrias están sometidas a las leyes del mercado, y en muchas ocasiones se toman medidas profundamente inhumanas para competir con otras industrias. Las leyes del mercado no tienen corazón para los millones de seres humanos que quedan excluidos en esta carrera donde la eficacia y la ganancia son el criterio fundamental.

No siempre se busca producir lo que responde a necesidades reales, sino que se produce lo que se puede vender, lo que bate las estadísticas de la recaudación monetaria. Así muchos productos ya nacen con vocación de desechables, llamados a ser sustituidos por otros nuevos que sacien necesidades vanas y caprichosas impuestas por la publicidad.

El valor de la eficacia como dimensión fundamental se puede trasladar a otras dimensiones de la vida, incluida la dimensión apostólica. Puede privarnos de la dimensión de la gratuidad, que, sin negar la necesidad de buscar la eficacia en todos nuestros trabajos, nos puede despojar de algo que va mucho más allá y toca las profundidades más hondas del ser humano. El amor, la amistad, el sacrificio por otras personas sin asegurar nada a cambio con ningún contrato, son decisivos para la relación con Dios y con los demás.

No existe una vida verdaderamente humana sin gratuidad. Nos situamos así en el centro del amor de Dios, pues en él “todo es don y gracia” (EE. 322) en su relación con nosotros. Entrando en esa gratuidad de Dios podemos nosotros amar también de manera evangélicamente eficaz. No hay otro camino para crear la justicia del evangelio.

## **5. Encarnar en nuestra cultura el “amor loco” de Dios hoy.**

La inspiración originante y permanente de la vida religiosa es el seguimiento radical de Jesús que ha encarnado en medio de nosotros el amor desmesurado de Dios por nosotros, que ha sido considerado una necedad por los judíos, y una locura por los sabios griegos (1 Cor 1, 23). El amor de Jesús es tan “sin medida”, que lo lleva a una vida célibe, pobre y obediente al Padre, no como un héroe solitario, sino en una comunidad de discípulos generosos, pero lentos y frágiles, que sorprende por su alegría y libertad, para entregarse sin reserva ninguna a la realización entre nosotros del reino de Dios que él contempla surgiendo por todas partes. Dios y su reino son el centro de la persona de Jesús, donde se unifican todas las dispersiones que encuentra en su camino.

Este amor de Dios se encarna entre nosotros gracias a María que lo acoge. El Hijo “se abajó” (Filip 2,7) para nacer en el abajo del mundo. Su persona quedará marcada para siempre por su nacimiento “en las afueras”, por su trabajo de carpintero. En su palabra sonará siempre el acento de la despreciada Galilea. En su enseñanza utilizará los elementos de su universo campesino donde creció, y de las tareas del lago donde empieza su misión.

Así surge desde el fondo de la existencia humana la Palabra de Dios, que no será un signo que baje mágicamente desde el cielo, como exigían los dirigentes judíos, sino una propuesta de Dios que se hace presente con la debilidad de una palabra que se “expone” humildemente, sin imponerse con prepotencia. Esta palabra expuesta, arriesgada, cercana a los últimos, bajará hasta los infiernos de la existencia humana (EE. 108), de tal manera que todo el que busca a Dios pueda encontrarlo a su lado con sólo voltear la cabeza, a su misma altura, bien cercano, como si se mirase en un espejo. Desde el fondo brotará inagotable la vida nueva para todos, sin ninguna exclusión.

La vida religiosa recibe hoy su inspiración de este amor sin medida de Dios, expresado en una inagotable diversidad de carismas, tratando de encarnarlo de manera creadora y con alegría precisamente donde acaba este mundo, entre pobres, enfermos y excluidos. Pero al mismo tiempo, movida por este amor de Dios sin medida que quiere y ofrece una vida libre y justa para todos, bien formada con el estudio riguroso, dialogará con las instancias poderosas y sabias, en las fronteras de lo conocido, donde se explora el futuro y se toman las decisiones que construyen el mañana, donde se marcan las directrices que afectarán la calidad de la vida para todos. Este diálogo es también una forma exigente de desinstalación.

Sin este amor a y loco de Dios, no seremos testigos iluminados desde dentro que trasmitan la incesante combustión del Espíritu, de donde surgen nuevas luces para crear la novedad de Dios entre nosotros.

Nos perdemos si sólo vemos lo negativo en la cultura que nos rodea. En muchos rechazos, rebeldías y nuevas exigencias, se insinúa con fuerza la presencia del Espíritu.

Decían de Ignacio en su conversión: Aquel hombre “era un loco por Cristo”. También cada uno de nosotros tal vez sea tan audaz y creativo en el amor que llegue a “ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal” (EE. 167).

Este amor está bien lejos de la pseudo-mística que hoy nos vende “la vuelta de los dioses” en reacción contra la “muerte de Dios” en la ciudad secular. Este Jesús resucitado no es el que fue crucificado. No vemos en él transfiguradas las huellas de los clavos y la lanza. Superando estos “tiempos de credulidad” (P. L. Berger), buscamos el nuevo rostro de Jesús de Nazaret.

Es cuestión de vida o muerte, de ser o no ser, la formación de una vida de oración tan intensa que el deseo de Dios y de su reinado integre en el mismo centro de nuestra afectividad todas las dimensiones de la persona y todos los aspectos de la realidad. “La anorexia espiritual” también conduce a la muerte.

Por eso habrá que formar en las diferentes formas de oración:

- a) La contemplación personal para un encuentro inagotable con Dios que vaya creciendo cada día.
- b) La oración de discernimiento para distinguir bien, dentro de nosotros y en las manifestaciones de la cultura, el Espíritu del Señor con sus propuestas y sus mociones, y el espíritu maligno con sus seducciones disfrazadas o impuestas.
- c) La contemplación en la acción para descubrir a Dios como la última dimensión de toda realidad y para unirnos a él en el trabajo creador.
- d) La celebración comunitaria para festejar en la comunidad los espacios de vida ya liberada con la certeza de que toda la historia avanza hacia la plenitud definitiva de la reconciliación en Cristo.

Vivir intensamente con Dios supone entrar en una aventura sin fin que pasa por el cielo y por los infiernos, en la alianza de dos fidelidades, la de Dios a nosotros y la nuestra a Dios, para que nuestras experiencias religiosas no queden reducidas a episodios puntuales, a fragmentos sin continuidad y sin hondura.

El Espíritu está presente en esta nueva situación, consolidando lo válido, purificando lo ambiguo y alentando lo nuevo. Cuando huimos hacia el Emaús del desencanto, el “extraño” a nuestra manera de ver los acontecimientos puede convertirse en presencia de Jesús que

“abre nuestros ojos” (Lc 24,31) a una nueva presencia suya, y “abre nuestro entendimiento” (Lc 24.45 ) a nuevas comprensiones.

Para poder percibir a Jesús en esta situación nueva es necesario que se nos abran los ojos, es decir, que todos nuestros sentidos sean capaces de percibir un nuevo tipo de presencia de Jesús. Ya no se puede seguir mirando, oyendo, tocando, saboreando..., de manera vieja. Necesitamos una “nueva sensibilidad” espiritual para hacer una experiencia nueva de Dios que nos “salte a la vista”, y que nos libere al mismo tiempo de todo lo que quieren “meternos por los ojos”.

No se trata de huir de la realidad, sino de percibir la dimensión última de la realidad, la más profunda y dinámica, allí donde el Espíritu de Dios y el nuestro se funden en una combustión que nos hace creadores de la novedad de Dios en este mundo. Por los circuitos electrónicos, no sólo pasan los mecanismos del mercado y nos invade lo intrascendente y epidérmico.

También se nos acerca la solidaridad universal, la búsqueda de trascendencia, la defensa de la tierra. El grito de Dios sigue resonando en la miseria muda. La falta de sentido sigue buscando la casa del Padre. Una experiencia mística del Dios de Jesús es posible incluso en las situaciones donde todo parece descomponerse en los sepulcros bien guardados por los mecanismos más poderosos.

## **6. Actuar contra corriente (“Agere contra”)**

Si la modernidad recela de la mística, la postmodernidad no entiende la ascesis. Pero las dos dimensiones son inseparables. Para seguir a Jesús realmente no basta el fervor de sentir su llamada de “amigo” y su envío (EE. 146), sino ofrecerse al mayor servicio “haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano” (EE. 97).

También la ascesis es gracia de Dios y no voluntarismo acartonado. La posibilidad de “hacer contra” los mecanismos poderosos que nos arrastran o nos seducen, es un don del Espíritu. Pero esto no nos exime de ver si es nuestra “determinación deliberada” (EE. 98) el seguir al Jesús pobre y humilde del evangelio, y de poner los medios que están a nuestro alcance para hacer posible este seguimiento.

Se admira las grandes estrellas del deporte, de la danza, de la pasarela, del canto..., que parecen superar las leyes comunes de las posibilidades humanas, pero no se repara en la disciplina férrea a la que se ven sometidos en toda su vida para mantenerse en forma y poder desarrollar ese carisma. Nos parece que todo fluye sin esfuerzo bajo la luz de los escenarios. Pero en las sombras de la cotidianidad se esconden años enteros de horarios, dietas y rutinas implacables. Y en el centro de la persona arde un deseo de éxito que estructura y da calor a todo ese engranaje externo tan exigente.

Utilizamos ropas, adornos, aparatos electrónicos..., que nos entretienen, con ligereza despreocupada, pero no sabemos leer en ellos las huellas de los obreros que los fabricaron dejando la salud y la vida en las exigentes condiciones de las plantas de ensamblaje. ¿No es posible una ascesis para crecer en la liberación evangélica de toda la persona?

Hoy tenemos dificultad en reconocer la importancia de la ascesis. Vivir la relación “mística” con Dios, no como algo puntual, sino como un encuentro que se ahonda cada día más y que incorpora la realidad entera, exige una “nueva ascética”, porque la realidad que nos rodea no favorece este encuentro en la profundidad, sino que nos deja a mitad de camino, entretenidos y dispersos por la multiplicidad de sensaciones fugaces y cambiantes. Además, la búsqueda de Dios atraviesa desiertos y oscuridades en las que salen nuestros fantasmas y nos aterran. Pero ahí es necesario “resistir”, hasta que el Señor aparezca en el momento

preciso (EE. 320), Y “mudarse contra la misma desolación” (EE. 319), contra cualquier tristeza, parálisis o desencanto que tienda a sacarnos fuera de lo que el Señor nos ha propuesto vivir en el tiempo de consolación,

En el centro de cada uno de nosotros está nuestra afectividad profunda que debe ser liberada en el encuentro prolongado con Jesús pobre y humilde. La curación de todo desorden afectivo está colocada en el centro mismo de los Ejercicios Espirituales. Cuando nuestro corazón no está libre para escoger el camino de Jesús, pobreza o riqueza según sea su mayor servicio, mucho aprovecha pedir pobreza “aunque sea contra la carne” (EE. 157).

Queriendo ser liberados de nuestra espontaneidad seducida y sin rumbo, creamos tiempos y espacios regulares de oración para contemplar, discernir y tomar decisiones que acojan el don de Dios en cada momento, en la trayectoria de un compromiso total y para toda la vida. Como es fácil orar cuando somos consolados, el que ora, “por hacer contra la desolación y vencer las tentaciones, debe siempre estar alguna cosa más de la hora cumplida” (EE. 13).

Necesitamos ayuno de presencias reales o mediáticas que invaden nuestra privacidad y nos secuestran el espacio, para encontrarnos con nuestra propia soledad, desde donde podemos construir la consistencia de nuestra originalidad irrepetible recibida cada día desde Dios en un diálogo sin fin. “Apartarse de todos amigos y conocidos” (EE. 20), eso que Ignacio pide al que hace los Ejercicios, exige también su dosis diaria, mensual y anual para el encuentro con Dios. Esta soledad está impregnada de comunión con Dios, con los demás y con toda la creación. Más aún, es lo que nos permite entrar en verdadera comunión con todo sin codicia.

Al atravesar las calles invadidas por las imágenes, ruidos, ritmos y atropellos de una vida acelerada, buscamos con regularidad espacios no contaminados, ecológicamente sanos, para desintoxicarnos y entrar en el ritmo de la contemplación. Al contemplar a Jesús de Nazaret en la soledad, “en un lugar humilde, hermoso y gracioso” (EE. 144), nos será más fácil descubrir después sus rasgos en la vida cotidiana, en las ocupaciones habituales, en las personas donde está hoy “nuevamente encarnado” entre nosotros, en rostros convencionales, a los que ya no podemos reducir a su función social dentro de la ciudad secular.

Deseando fortalecer nuestra propia identidad religiosa, que va más allá de cualquier individualismo, colocamos en nuestro itinerario los tiempos regulares para compartir con nuestros compañeros la oración, el discernimiento y el descanso festivo. Estos espacios no “re-crean” del desgaste de un trabajo apostólico exigente. A veces cuando decimos: “no tengo tiempo para estos encuentros”, queremos decir: “no soy capaz de entrar en otro tiempo”, el de la gratuidad.

En contra de la urgencia ansiosa de eficacia constatable y a corto plazo que mueve nuestra sociedad, buscamos entrar en el tiempo de Dios, en el ritmo de los procesos profundos donde se hace carne la certeza apasionada por Jesús y su reino. Nos sumergimos en las grandes calmas, en las noches sin color donde todo parece estancarse, adentrándonos en el misterio de Dios, hasta que resuciten las situaciones y las personas “al tercer día”.

En medio de la confusión producida por los cambios vertiginosos y las diferentes propuestas interesadas que se nos presentan, es necesario el estudio riguroso y a veces tedioso para poder dialogar con nuestra realidad y con las diferentes maneras de interpretarla, para ver mejor los signos de Dios que nos construyen y lo que nos destruye.

Al solidarizarnos con los pobres y excluidos, entramos en “contradicción” con las estructuras, instituciones y personas que empobrecen y excluyen a los débiles. En las contradicciones

inevitables, intentamos resistir pascualmente para inventar lo nuevo y comprometernos por lo germinal, por el diminuto grano de mostaza que ya lleva misteriosamente dentro de sí el árbol grande y la cosecha.

Existe la ascesis sin aureola de la vida cotidiana, de los transportes incómodos, de las esperas no planificadas, de los servicios públicos deficientes. Todas estas carencias se acentúan en la medida en que nos acercamos más a los marginados de este mundo. Es la ascesis que nosotros no podemos dosificar a nuestra voluntad, sino que se nos impone desde fuera, pero que podemos acoger como gracia en nuestra solidaridad con los últimos de este mundo, con los que “hacen partícipes a los otros del reino” (Carta de San Ignacio a los Padres y Hermanos de Padua).

## **7. Hacia la libertad y la alegría de un amor servicial**

En la vida cotidiana hay que concretizar las grandes directrices de los Ejercicios, que son un camino que pone en el centro la liberación profunda de la persona, del corazón desordenado, para ser capaces de acoger las nuevas ofertas de Dios, de tal manera que la persona entera se unifique al moverse en la tarea de rehacer este mundo, “solamente” (EE. 23) y “puramente” (EE. 46) por la propuesta de Dios (EE. 23).

Mística y ascesis se unen como la esponja que abre sus poros y el agua que la impregna (EE. 335). La esponja se hace flexible sin perder su consistencia. La ascesis que tiene fama de dureza y voluntarismo es lo más alejado de la rigidez de la piedra donde el agua choca con ruido porque está encerrada sobre sí misma, aferrada a sus propios intereses.

Como dice uno de nuestros jóvenes, es más insoportable el tedio de una vida sin ascesis que la ascesis de una vida enteramente ordenada para el “mayor servicio”. La ascesis está al servicio de la vida en plenitud. Nosotros vemos que las personas verdaderamente entregadas a Dios y su reino son humanas, ágiles, abiertas, flexibles y al mismo tiempo muy fieles, caminando dentro de la fidelidad de Dios que las conduce. La ascesis y la mística están unidas para conducir la persona al amor servicial que conlleva recios contratiempos, a la paz y a la alegría, medidas inconfundibles de la verdad de la experiencia del Dios de la vida que se nos ha revelado en Jesús de Nazaret.

Tomado de: Benjamín González Buelta, S.J., Experiencia de Dios. Condiciones y medios. Cuadernos de Espiritualidad, N° 129, septiembre — octubre, 2001; Publicación del Centro de Espiritualidad Ignaciana — CEI, Santiago de Chile, pp. 38 — 58.